ENTREGARSE A LA LUCHA. HISTORIA ORAL DE LA MAYOR ANA MARÍA

Guiomar Rovira y Rosaluz Pérez

A pesar del huracán del tiempo, la vida y la distancia, creamos un momento común con la mayor Ana María. Nadie mejor que ella para escribir el epílogo de este libro sobre la insurrección zapatista. Tenemos la idea de una conversación en confianza que nos permita pensar a treinta años de distancia ese primero de enero de 1994, cuando el EZLN se levantó en armas y cada una de nosotras estábamos en distintos contextos, Rosaluz era muy joven y estaba estudiando, Guiomar haciendo periodismo, Ana María empuñando las armas, las dos últimas tenían veintiséis años. Sin darnos cuenta, Ana María, como protagonista de esta increíble historia, con una prosodia clara, va enhebrando su relato. Esta indígena tzotzil fue la responsable militar de la toma de San Cristóbal el 1 de enero de 1994 y fue la mujer con máximo grado en EZLN. Su trabajo y su entrega desde niña hicieron posible el éxito de esta hazaña de la historia de los oprimidos que interpeló a México y al mundo. Su presencia fue decisiva para la inclusión de las mujeres en el Ejército Zapatista y la extensión de la rebeldía armada. Tuvo bajo su mando la zona de los Altos, antes y después de la declaración de guerra. Su trayectoria política es de enorme relevancia y por primera vez nos la cuenta en marzo de 2024. Nosotras abrimos los ojos y aguzamos la escucha. Somos todas oídos. No la vamos a interrumpir. Ella habla, deja fluir su voz como manantial liberado, transparente.

«Unos días antes del 31 de diciembre de 1993, estuve instruyendo a los oficiales insurgentes, los servicios de sanidad, radistas, armeros y tropas milicianas, para la toma de San Cristóbal, a la vez preparando mis pertrechos y utilerías para la guerra, armas, balas, radios, vehículos, etc.

»Para entonces yo ya había pasado por muchas cosas, muchos trabajos. Ya era mando con el grado de mayor Insurgente. Ese grado militar me lo había ido ganando poco a poco, por méritos propios, pues ya había estado en la organización durante muchos años, primero en la estructura organizativa donde era parte el EZLN, una estructura político militar que se llama Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), ahí fue donde inicié mi formación. Al inicio, viví tres años en la clandestinidad, en casas de seguridad, primero en San Cristóbal de las Casas y un año después mi responsable me llevó a la Ciudad de México. Ahí elevé un poco más mi preparación, porque allá las clases se complementaban yendo a los museos de historia, a los planetarios, a las fábricas. Conocí más la desigualdad que existe, cómo hay unos pocos que viven en la opulencia mientras que otros viven en la pobreza. Estudié un poco de todo, conocí los lineamientos políticos de la organización y los principios de la lucha revolucionaria.

»A finales de 1983 subí a las montañas de la selva Lacandona en Chiapas y aquí completé mi entrenamiento militar y llevé a la práctica mis conocimientos como comisaria política en las comunidades. A mediados de 1984 recibí el grado de subteniente, luego presenté el examen para teniente, luego a capitán segundo, después a capitán primero y el más alto grado que obtuve fue el de mayor. No fue de la noche a la mañana, sino que fueron años de trabajo y de sacrificios».

NIÑA EN LA LUCHA CAMPESINA

El relato de su vida es indistinguible de la lucha, pues arranca desde su infancia en una comunidad indígena en la zona

norte de Chiapas: «Yo era una niña cuando hubo la necesidad de luchar por las cuestiones agrarias, ya que las mejores tierras estaban acaparadas por los finqueros, mientras que a las comunidades solo les quedaban los cerros, los pedregales donde no había agua. Un finquero había invadido decenas de hectáreas de las tierras ejidales de mi comunidad, y aprendí que estábamos pasando una situación inaceptable, que teníamos que hacer algo por nuestras vidas, para sobrevivir. Desde chiquitas, chiquitos, vivimos una vida tan desgraciada... Desde los siete u ocho años, un niño o una niña ya tiene que empezar a trabajar en la vida indígena-campesina, porque si no lo hacemos, pues no sobreviviríamos. Por eso yo ya traía la rebeldía contra las injusticias acumuladas desde entonces. Y ya estando en la organización fui aprendiendo de los escenarios causantes de la miseria».

Ana María no conocía otra vida que la lucha, a la que se dio entera, en cuerpo y alma: «Cuando uno va aprendiendo todo esto, pues te vas entregando, te entregas totalmente porque sabes que tienes que hacer algo. Eso que tú viviste tiene que acabar para que a las nuevas generaciones no vivan lo mismo. Y ya no podíamos pensar sólo en los pueblos indígenas, sino había que ir más allá, enfocábamos nuestra mirada, nuestra intención, a nivel nacional y tal vez a nivel internacional».

En la escuela de su pueblo apenas pudo cursar hasta segundo de Primaria: «Yo apenas sabía garabatear, leer y escribir muy poquito». Pero cuando ingresa en las Fuerzas de Liberación Nacional «mis compañeros y compañeras me fueron enseñando poco a poco».

Ana María cuenta que el primer grupo que llega a la Lacandona estaba formado en su mayoría por campesinos indígenas que ya habían recibido formación en las casas de seguridad de las FLN. Se llamaban Núcleo Guerrillero Emiliano Zapata. Una vez ya asentados en la montaña, el 17 de noviembre de 1983, es cuando se constituye como Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Ana María todavía estaba en la ciudad, en Tijuana, Baja California, estudiando enfermería en la Cruz Roja.

Pero unos meses después, a fines de 1983, ella también recibió el encargo de ir a la Lacandona: «Yo fui la primera mujer campesina-indígena que se integró en las FLN y en la selva fui la primera mujer insurgente campesina-indígena, aunque sí ya había una mujer de la ciudad ahí, la compañera Lucha, era la pareja del comandante, Lucha llegaba solo ocasionalmente, para mí fue una gran maestra».

Ana María cuenta que los primeros insurgentes procedían como ella del norte de Chiapas, de las regiones de Huitiupán y Sabanilla, donde las FLN hicieron sus primeros contactos en 1979 y reclutaron jóvenes a los que prepararon. Estos jóvenes, que habían recibido una formación en casas de seguridad, fueron los que hicieron los primeros contactos en la selva.

«Cuando llegué a la selva, estuve dos meses entrenándome militarmente y después me dicen: tienes que ir también a las comunidades para hacer trabajo político». Ana María explica que el grupo de los primeros comisarios políticos estaba integrado por tres hombres. Ella fue la primera mujer y su presencia fue definitiva para que se incorporaran más mujeres.

«En la selva todavía no había bases de apoyo como hubo después, sino que eran contactos sólo con algunas personas. En las comunidades se necesitaba campesinos indígenas que hablaran sus lenguas para crear confianza. Nosotros como comisarios políticos hacíamos el trabajo de traducción de las ideas revolucionarias a la realidad de los pueblos. En un principio, se les quería enseñar marxismo-leninismo, pero nosotros nos preguntábamos ¿cómo aplicamos el marxismo-leninismo a la comunidad? Como decía mi compañero, "tenemos que deshacer, tenemos que desbaratar todo esto y componerlo a nuestro lenguaje, el lenguaje del pueblo". Y así fue como lo hicimos como comisarias, como comisarios: con lo que habíamos aprendido, íbamos tejiendo y destejiendo los temas para poder darnos a entender. Y así era, hablábamos nuestra lengua, éramos también indígenas, tzotzil, tzetzal, chol, y entonces nos entendíamos, cosa muy diferente que si llegaba un mestizo, ahí sí se rechazaba, no había confianza.

»Y es que no se puede llegar directamente con la propuesta de la lucha armada, primero es la concientización política, ver la realidad en la que estamos viviendo los pueblos. Y poco a poco la gente va tomando su propia decisión. Y es que las comunidades tenían muchos problemas con el Estado, había mucha necesidad de asesoría, ya estaban hartos, pues el gobierno no solucionaba sus necesidades. Empezaron entonces a entrarle a la lucha, y ya luego se les hace ver la necesidad de la lucha armada. Y no era así como para ir a matar, o por gusto de agarrar las armas, sino porque analizábamos la situación del mismo estado, un país, en este caso de México. Analizábamos la historia, cómo todo ha sido violentado, por ejemplo, las luchas que ha habido desde la Independencia, la Revolución mexicana, y luego las que siguieron, las luchas obreras, campesinas, las luchas de los estudiantes del 68, después de la matanza de los estudiantes se crearon muchas organizaciones clandestinas como las Fuerzas de Liberación Nacional...

»En un inicio no siempre llegábamos a la comunidad porque teníamos que escondernos para evitar ser vistos y delatados, pues allí había una revoltura de organizaciones, de partidos políticos y todo, teníamos que cuidarnos mucho, era clandestino todo. Lo primero era hacer contactos: en las milpas, en los cafetales, en la montaña... y nos quedábamos a dormir allí; otras veces ya nos abrían la puerta de la casa de algún compañero y lo utilizábamos como punto de reunión. Y así, poco a poco se fue haciendo el trabajo, pasamos mucho tiempo, y ya luego empezaron a integrarse más compañeros.

»Las mujeres se integraron mucho después, aunque eran ellas quienes hacían las tostadas, el pinole, que nos daban como apoyo para los insurgentes, pero no las integraban a las reuniones. Poco a poco fuimos insistiendo en la importancia de la participación también de las mujeres. Con nuestro trabajo como mujeres comisarias políticas creció la participación de las compañeras y así tuvimos comunidades enteras con hombres y mujeres».

A partir de 1985 es cuando el EZLN crece masivamente y empiezan a integrarse más jóvenes para ser insurgentes. Ana María explica: «Primero pasaban una prueba como reclutas durante seis meses y, si aguantaban, ya se hacían insurgentes. Entonces ya había más necesidad de hacer más trabajos; implementamos en la montaña una pequeña imprenta; los comisarios redactábamos los temas de los puntos de por qué luchamos, tierra, trabajo, educación, techo, salud, etc., y algunos otros temas de concientización y los imprimíamos, hacíamos folletos como material de apoyo para el trabajo político de los responsables de las comunidades».

EXTENDER EL EZLN A LOS ALTOS DE CHIAPAS

Después de unos tres años en la selva lacandona, donde Ana María se desempeñó como mando y como comisaria política junto con más compañeras, en 1987 su mando le ordenó responsabilizarse de desarrollar el trabajo político militar en la zona de los Altos:

«Para este trabajo me acompañaron dos compañeros que eran insurgentes nativos de los Altos y que de alguna forma conocían la zona. Iniciamos utilizando la misma metodología que usamos en la selva para conectarnos con las comunidades, no había muchos contactos, solo había como seis compañeros y una compañera, todos eran catequistas.

»Al año ya teníamos varios pueblos especialmente del municipio de San Andrés. Y ya en 1991, habíamos abarcado otros municipios colindantes, hicimos la primera asamblea regional con la participación de muchos parajes y comunidades en un desfile militar de casi un batallón de milicianos. En este año, nos llegó la propuesta de darle una nueva estructura a la organización, ya que había crecido y sobre todo en Chiapas ya teníamos miles de militantes.

»La propuesta consistía en formar un partido político militar, y para eso se convocó un Congreso nacional en 1993. Ahí se creó el Partido Fuerzas de Liberación Nacional y se votó el levantamiento armado. El partido, con su Secretaría de Masas, tenía su subsecretaría campesina, obrera, magisterial, comisiones estudiantiles, etc.; en la Secretaría del Interior, encargada del trabajo más clandestino estaban los máximos jefes del partido, el secretario general, que al mismo tiempo era un comandante; la Secretaría Militar, que correspondía al subcomandante Marcos. Esta estructura nos permitiría hacer alianzas con las distintas organizaciones que se sumaran una vez empezara la guerra».

Ana María explica que la votación a favor del levantamiento armado tenía que ver con el crecimiento del EZLN y la imposibilidad de mantener su existencia clandestina, oculta a las autoridades. Además, al haberse convertido en una organización masiva, el Ejército sabía de su existencia. Ya habían sucedido enfrentamientos armados, como el ocurrido en la sierra de Corralchén, en el campamento de las Calabazas. «El gobierno no decía nada, se estaba haciendo pendejo porque quería salir limpio de su sexenio», explica Ana María.

En los Altos también hubo un choque con dos soldados: «Andaban explorando la zona, pues ya sabían, por chivatazos, que estábamos ahí, en la parte sur de San Cristóbal. Fueron cerca de donde estaba el campamento de los milicianos, los trataron de detener, pero esos dos dispararon porque vieron que estaban uniformados y que estaban haciendo ejercicios, prácticas. Y abrieron fuego. Los milicianos se posicionaron para defenderse, se produjo un enfrentamiento y cayeron estos dos».

El hecho también se ocultó a la opinión pública, pero el ejército detuvo a varios campesinos, a los que torturó y encarceló. En este sentido, Ana María concluye: «No podíamos seguir como si no pasara nada, la inteligencia militar estaba siempre vigilándonos, y nosotros con las informaciones que nos llegaban no podíamos seguir ocultos. Además, a nivel nacional se aprobó la reforma al Artículo 27 de la tierra y el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá, un tratado que iba a darle en la torre sobre todo a los pueblos,

a las comunidades indígenas. Estábamos muy jodidos y había que parar eso. Salinas de Gortari está negando nuestra existencia, pues habrá que mostrarse».

LA DECLARACIÓN DE GUERRA Y LA TOMA DE SAN CRISTÓBAL

Una vez decidida la guerra, durante un año la mayor Ana María diseñó todo el plan militar de los Altos, citó a los pueblos para explicarles lo que se avecinaba, cómo protegerse y actuar. Además, explica, «tenía que tomarles bien la decisión, si realmente estaban dispuestos; y a los que decían que no, pues no se les iba a forzar, así quedaba.

»Ya luego empezamos a preparar el terreno, había que conocer la geografía de la región, había que recorrer carreteras, montañas, bosques, caminos, terracerías, veredas, todo... Ubicar los principales objetivos enemigos, tanto militares como del estado: ayuntamientos, y todo esto. Ubicar también nuestras posiciones, tanto en las comunidades como fuera de ellas. Para mí fue una responsabilidad enorme. La geografía de los Altos es totalmente distinta a la selva, el territorio está muy conectado, son parajes colindantes, no hay para donde correr. Si vas a combatir, tienes que buscar que sea lo más alejado posible de las comunidades para darles chance de repliegue, para protegerlas... Hicimos todos los preparatorios ubicando todos los cuarteles, todas las posiciones enemigas, dónde poner nuestros refuerzos, nuestra vigilancia, sobre todo en San Cristóbal, pues estábamos rodeados, podía entrar el enemigo del lado de Tuxtla, de Rancho Nuevo, del lado de Tenosique... Tiene muchos accesos y había que cubrirlos todos. Mi mando me tuvo la confianza, en algún momento me dijo: "A mí no me preocupa mucho Altos, porque estás tú, y pues veo que está bien tu trabajo"».

Ana María ensayó sus movimientos: «Antes del 94 hicimos primero un despliegue en silencio para que las unidades militares y milicianas ubicaran sus posiciones, desde el

Escopetazo cerca de Tuxtla, por el lado de Pichucalco, por la Selva Negra, por Rancho Nuevo... La mayoría de la tropa, los miles y miles de milicianos estaban en la selva, aquí éramos menos».

Ya estaba todo preparado cuando llegó noviembre de 1993 y su mando, el subcomandante Marcos, se trasladó a los Altos: «Llega el subcomandante, se forma el Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI) y empieza a hacer asambleas con los responsables regionales y locales para hacer las leyes revolucionarias, que si las leyes agrarias, las leyes reglamentarias y todo, para que pudiéramos conducirnos en la guerra. A eso se dedicó aquí en los Altos los últimos dos meses. Y ya en diciembre ya era cuestión de mover a las unidades militares.

»Algunos simpatizantes apoyaron la movilización con transporte para llegar a San Cristóbal, otros grupos se adelantaron a pie. El 31 salimos de una comunidad que se llama Israel, ahí se concentra la tropa y cada unidad tiene que confiar en sus mandos. Sabes que si los preparaste bien puedes confiar, cada oficial ya sabía qué posiciones debía tomar para tomar San Cristóbal. La tropa se había organizado en función del poder de fuego, las unidades de contención son las que les toca fuera, en la carretera, en los caminos, con buen poder de fuego, porque tienen que repeler el movimiento del enemigo, detenerlo a través de una emboscada, para darle chance al que está dentro de la ciudad para salir. Luego están las unidades de vigilancia y así, cada acceso se tuvo que organizar».

A la pregunta de qué pensaba o cómo se sentía en ese momento, Ana María responde con cierta perplejidad: «No había cabeza para otra cosa más que eso, cómo vas a acomodar todo y cómo vas a moverte. Pues sí, un poco de miedo sí que había, sí, pues ya estás ahí y tienes que hacerlo, es un deber y hay que cumplir. Eso fue lo que me tocó.

»En la madrugada del 31 entramos en San Cristóbal, primero se acomodaron las unidades de protección en las afueras para asegurar la entrada, y nos concentramos allí, en la Quinta San Martín. Los miles de milicianos se iban moviendo

conforme iban tomando su posición. Los bien armados por el lado de la salida de Rancho Nuevo, de Navenchauc, por Chamula, por las principales entradas a San Cristóbal, y luego las unidades chiquitas, y las unidades que iban a tomar el centro de San Cristóbal, el Palacio Municipal, una unidad que tenía que tomar la Procuraduría, otra la cárcel principal, y así los objetivos más importantes. A las unidades que no estaban bien armadas les tocó estar en algunos otros lugares como el mercado, de vigilantes. Por cierto, para ser milicianos podían entrar desde los quince o doce años de edad, y aunque se les dijo que no van niños, algunos ya estaban allí, bien formaditos en las escuadras de milicianos.

»Me tocó a mí conducir todo esto, el subcomandante estaba de aquí para allá, inspeccionando que las unidades estuvieran bien posicionadas. Me tocó a mí el centro de San Cristóbal, tenía también la misión de proteger a los del CCRI (Comité Clandestino Revolucionario Indígena) porque venía todo el CCRI conmigo, no quisieron quedarse, yo les dije "quédense, pues son importantes, son políticos", y decían "no, nosotros vamos también". El subcomandante me dijo "pues los vas a proteger, vas a entrar con ellos en el centro". Y cuando llegó la prensa me dijo: "tú no digas nada, tú no hables, que hablen ellos"».

EL LEVANTAMIENTO ARMADO

Ese es exactamente el inicio de la historia que cuenta este libro que ahora publicamos. A tres décadas de distancia, en 2024, las tres juntas recordamos qué hacíamos en esa mañana de enero cuando México y el mundo supieron de la existencia de una rebelión y una declaración de guerra. Estamos conmovidas y nos damos cuenta de que Ana María es una de las principales protagonistas de esta historia. Le pedimos si, como responsable de los Altos, puede hacer un balance de cómo salieron las cosas:

«Dentro del plan militar íbamos a tomar Rancho Nuevo [el cuartel de la 31 zona militar], pero hubo un problema con las unidades que venían de Chanal y de Huixtán. En lo que nosotros tomábamos San Cristóbal, otros mayores tomaban Ocosingo y las Margaritas. La unidad a cargo de Rancho Nuevo venía avanzando en la madrugada del día primero. Ellos iban a agarrarlo así de frente, y nosotros de atrás, para envolverlos, movilizarlos internamente ahí y sitiarlos. Pero falló esa unidad que traía más poder de fuego. Las unidades que yo comandaba no teníamos mucho poder de fuego, teníamos una unidad chiquita de armeros que tenían una ametralladora y unos fusiles, pero el resto de la tropa no tenían armas, algunos solo rifles .22. Aunque el subcomandante Marcos se había traído a una compañía de insurgentes de la selva como apoyo, ellos sí tenían buenos fusiles.

»Perdimos la comunicación con la unidad que se atrasó en la montaña por Chanal. Y ahí perdimos lo que militarmente se llama el "factor sorpresa". Nosotros habíamos montado puestos de comunicación y puestos de sanidad en San Cristóbal, había una casa de seguridad donde estaban las radios y estaban otras compañeras insurgentes y un compañero técnico especialmente para si fallaba algo, él estaba pendiente de la comunicación. Ya en la madrugada, se empieza a buscar contacto con ellos y pues no había respuesta. Entonces nos esperamos hasta al amanecer, a ver si aparecían. Y ya fue que el subcomandante llega allí a la Presidencia Municipal donde estaba yo con los comités y me dice: "Pues no aparecen, se quedaron perdidos estos, ¿qué hacemos?". Y yo le digo "pero aquí ya no hay factor sorpresa, ir a Rancho Nuevo es como ir al matadero, la gente está cansada, hambrienta, llevamos una semana sin dormir bien". Yo propuse que lo consultáramos con el CCRI, pues ellos tienen las facultades para la toma de decisión. Se hace la reunión allí, dentro de la presidencia, y apoyaron mi idea, dijeron "se perdió el factor sorpresa, no podemos lanzarnos, ya no tenemos el apoyo de aquel lado, ¿por qué debíamos agarrar Rancho Nuevo así?"».

Nosotras intervenimos preguntando si así se evitó un mayor derramamiento de sangre. Ana María responde:

«Yo creo que sí, porque se tomó el acuerdo con el Comité de que ya no nos vamos a lanzar. El plan era tomar la ciudad, estar ciertas horas y salir rápido, porque sí te quedabas más tiempo pues le das chance al enemigo para prepararse y tomarte por sorpresa, que fue lo que pasó en Ocosingo y te hacían mierda... Nosotros no teníamos ni aviones, ni helicópteros; y el ejército sí... Entonces hay que retirar a la gente, pero había mucha gente... A la media noche o en la madrugada nos retiramos. Me ordenan: "retira primero al Comité". Entonces retiré a la mayoría de la tropa que estaba en San Cristóbal y el CCRI. Y se quedaron todavía las unidades de afuera pues es lo último que tienes que retirar, y ya después recibieron la orden por radio: "unidad tal se va a retirar". Cada quién va a su casa, a su hogar a tomar su pozolito... Pero los insurgentes son los últimos en abandonar sus posiciones y teníamos que estar distribuidos en las distintas unidades de milicianos. A los que les tocó el sur de San Cristóbal, allí teníamos tres capitanes muy buenos, un antiguo insurgente que había pasado por la clandestinidad (uno de los primeros que se integraron de la región chol), otro que era tzeltal y otro tzotzil, cada uno con sus respectivas unidades de insurgentes y milicianos, cuando se estaban replegando se quedaron en las faldas de los cerros protegiendo a las comunidades que estaban muy cerca o colindantes de Rancho Nuevo. Porque el Ejército Federal que estaba en Rancho Nuevo ya se estaba movilizando para entrar a San Cristóbal. Es entonces que los soldados empiezan a tirar bazucazos y granadas a lo loco hacia los cerros por donde se posicionaron los insurgentes y los milicianos. Los compas me dicen "nos están atacando", y yo dije "ya saben lo que tienen que hacer: replegarse, replegarse siempre". Y me dicen que "ya no podemos, hay que responder", y bueno, sí hay que responder... Pero el problema es que una unidad del Ejército avanzaba desde Racho Nuevo y al mismo tiempo otra unidad del Ejército subía por el lado de María Auxiliadora y entonces chocan entre sí, empiezan los helicópteros y aviones a bombardear la zona, las bombas caían sobre sus propias unidades. Y los nuestros decían "pues nos están atacando", y estaban respondiendo, pero la mayoría de las bajas que se causaron fueron entre ellos [los soldados], cuentan los insurgentes que hasta daban lástima ver como se destrozaban entre sí. Nuestros compañeros lograron derribar un helicóptero y un avión del ejército, que fue a caer no sé dónde por la colonia Maya, dicen. Ya luego las unidades insurgentes pudieron replegarse hacia Venustiano Carranza, hasta allá fueron todos los compas y allí ya no llegó el Ejército. Tuvimos sólo una baja, un miliciano al que le cayó una bomba y lo mató, y nueve heridos, que todos se salvaron. Otra responsabilidad es ver cómo atender a esos heridos, si son graves, dónde los vas a mandar y todo. Se hace ese trabajo de tener contactos en la ciudad también, contactos con médicos colaboradores que sí hicieron su labor de apoyar y llevarlos al hospital».

LOS DÍAS DESPUÉS DE LA TOMA MILITAR

En la mañana del 2 de enero, en el zócalo de San Cristóbal de las Casas ya no quedaba ni rastro de la algarabía zapatista del día anterior. Solo unas pintas en la pared: «Nos vamos a Rancho Nuevo», «¿No que no hay guerrilla?». Había soldados apostándose en las esquinas de las principales calles, que estaban desiertas. Los periodistas se refugiaron en la curia episcopal para atender a la primera rueda de prensa del obispo Samuel Ruiz. Le preguntamos a Ana María cómo fueron esos días que siguieron a la retirada de San Cristóbal.

«Nos replegamos, el subcomandante también se va a Oventic a llorarle a sus muertos, al subcomandante Pedro, que había caído en Las Margaritas. Yo le decía "yo me voy donde están los combates, yo me voy para allá porque están solos los compas". Yo quería moverme hacia Tzontehuitz, en el cerro... Pero no pude, allí había bombardeos del ejército, donde quiera en los cerros... Tuve que confiar, lo único que puedes hacer

allí es confiar en tu gente, porque si los preparaste bien, van a salir sanos. Y eso fue lo que hice, confiar en nuestros compas, en los mandos».

Queremos saber si Ana María se imaginaba la respuesta de la sociedad civil. Después de esta hazaña militar para la que se había preparado durante toda su vida, ¿qué pensaba ella que iba a pasar? Sin duda, ella estaba en plena acción, jugándose la vida. Muy distinto es estar de espectadoras, como era nuestro caso. Sin embargo, la mirada desinteresada y el entusiasmo de las personas espectadoras, dice Kant, es la que decantará el rumbo de los hechos. La sociedad civil en México y en varios confines del mundo se movilizó interpelada por esta rebelión indígena. ¿Se lo esperaba Ana María? Ella prosigue:

«Yo esperaba que alguien empezara a protestar. Nosotros nos preparamos para resistir. Nosotros nos habíamos preparado para avanzar hacia otras regiones del país, para librar batallas. También se pensaba que la sociedad civil se sentiría convocada a nuestro llamado y se iría sumando de alguna forma. El EZLN formaba parte de una estructura de partido. En este estaban definidos espacios para la integración y alianzas, ya sea de individuos o de organizaciones. Yo pensaba que en estos espacios se irían aglutinando las participaciones y se crearían alianzas con las distintas organizaciones del país. El primero de enero yo todavía tenía todo esto en mente. La secretaría militar tenía que coordinarse con esos espacios creados en la estructura de partido. El EZ tenía que ir avanzando creando ejércitos del pueblo. Eso es lo que yo pensaba, así me formé».

LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

La visión político militar de Ana María corresponde a su formación y a su experiencia. No debió ser sencillo para ella pasar de las armas a las palabras. En febrero de 1994 volvía a la ciudad que había tomado militarmente un mes antes. Lo hacía

como parte de la delegación zapatista que iba a negociar la paz con el comisionado del gobierno de Carlos Salinas, Manuel Camacho Solís, en la catedral de San Cristóbal, con la mediación del obispo Samuel Ruiz. Miles y miles de personas, cientos de periodistas vitoreaban a la delegación zapatista y exigían el fin de la guerra. Le preguntamos cómo lo vivió.

«Tuve que asistir porque era la orden de acompañar a la delegación del CCRI y había que protegerlos. Pero la realidad es que no estaba preparada para lo que estaba pasando, estaba confundida y no entendía qué íbamos a negociar con el gobierno porque por experiencia sabía que por vía legal el gobierno nunca había solucionado los problemas y necesidades de los pueblos. Venía a mi memoria las negociaciones de paz de El Salvador, estos pensamientos me hacían dudar más de ese diálogo en Catedral. Aunque sí trataba de analizar los problemas que se estaban dando en ese momento de guerra, por ejemplo: la represión que estaban sufriendo las comunidades y el encarcelamiento de muchos compañeros, el hostigamiento y represión contra civiles yo trataba de entender que por eso se tenía que negociar y luego vi que se pusieron en la mesa las once demandas zapatistas y todo lo demás. Pero nunca creí en esa negociación».

Le preguntamos a Ana María qué pensó al ver tanta gente, tantos periodistas de todo el mundo queriendo hablar con la delegación zapatista. En la Catedral de San Cristóbal fue donde Guiomar la conoció, tal y como aparece relatado en este libro...

«Sí, pero no me gustaba que me entrevistaran. Mira, yo estaba como confundida... Estaba muy confundida, porque yo no sabía si hablar tal cual como es o no».

Nos reímos con Ana María sobre sus ganas de mandar a la chingada al gobierno y a la burguesía. La conversación da un salto en el tiempo. A fines de 1995, después de una ofensiva del Ejército Federal contra la dirigencia zapatista, el gobierno y el EZLN volvieron a sentarse a negociar. Pero entonces lo hicieron en San Andrés Sacamch´en de los Pobres, es decir, en la zona bajo el mando de la mayor Ana María. El diálogo duró

meses hasta que se suspendió por los hostigamientos militares y paramilitares constantes. Durante eso tiempo, en San Andrés se congregaron miles de personas, por un lado, quienes acudieron a hacer cinturones de paz día y noche, por otro el gran grupo de intelectuales, dirigentes de organizaciones sociales, que pasaron a ser asesores del EZLN, además de toda la prensa que cubría cada uno de los encuentros... ¿Qué papel tuvo Ana María?

«Había que preparar a los delegados miembros del CCRI, revisar y analizar las demandas que se tenían que dialogar, elegíamos al compañero que hablaba mejor el español. Se organizaba la seguridad para sus traslados. Cuando se regresaban de las negociaciones a sus pueblos organizábamos juntas, asambleas para informar a las comunidades y tomarles su decisión y hacer los acuerdos. Hacíamos lo que podíamos, pues no estábamos preparados para eso. Estaba fuera de nuestro contexto».

EL ENCUENTRO «INTERGALÁTICO» EN EL AGUASCALIENTES II

Remembranzas y sueños se entremezclan y nos visitan tres décadas después en este encuentro de nosotras tres. En especial, invocamos el recuerdo de la voz de Ana María diciendo: «Detrás de nosotros estamos ustedes». Fue el 27 de julio de 1996 en Oventic, la noche en que ella inauguró el encuentro Intergaláctico. Más de tres mil personas llegadas de todos los confines del mundo esperábamos en silencio cuando una serpiente de fuego bajó de los cerros. Eran insurgentes y milicianos portando antorchas en medio de la noche y la neblina. Y, entonces, la mayor sonó en los altavoces: «Bienvenidos a las montañas del sureste mexicano. Bienvenidos a este rincón del mundo donde todos somos iguales porque somos diferentes. Bienvenidos a la búsqueda de la vida y la lucha contra la muerte. Bienvenidos a este Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo».

Le preguntamos por el trabajo que significó organizar ese evento alucinante. Y la escuchamos con fascinación:

«Después de que el ejército destruyera el primer Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac en febrero de 1995, yo sugerí hacer otros Aguascalientes. Propuse: ¿por qué no creamos más Aguascalientes de respuesta a esto? Y me dijeron que sí, buena idea. Me puse a trabajar con los compañeros, con la tropa. Y construimos el segundo Aguascalientes en Oventic. Y luego le siguieron los demás. Era una respuesta política a esas acciones del ejército.

»Ya después había que organizar el Intergaláctico y la parte más importante iba a ser en Oventic, porque era el lugar de más fácil acceso para quienes venían de afuera. Nos llevó un buen tiempo. Fue un trabajo super duro, había que arrancar piedras, hacer las galeras y, mientras, teníamos el sobrevuelo de helicópteros, de aviones, y también pasaban los convoyes militares por tierra. Y es cuando los pueblos se organizaron para hacer vallas, cinturones humanos para impedir la entrada del ejército, porque se acercaban cada vez más. Entonces la gente iba a sacarlos, a corretearlos con palos y piedras, y no pudieron instalar ninguna guarnición ahí cerca.

»El Aguascalientes fue la construcción de un espacio político para las organizaciones y la sociedad civil, y también organizamos el recibimiento, cómo íbamos a hacerle, para ver qué se les podía dar de comer, que se es vendiera a un precio no caro... De ahí surgieron grupos de compañeras y compañeros bases de nuevas regiones que crearon sus colectivos, de mujeres, de hombres, de jóvenes. Todo era parte del plan político. Además de eso tuvimos que hacer la construcción, hicimos el auditorio para las reuniones, las asambleas, las tarimas, los baños, hicimos así cien metros de excusados o más, hasta pusimos regaderas, para que se sintieran cómodos los visitantes. Y las galeras para que pudieran quedarse a dormir».

Siempre pensando en beneficiar a las comunidades, Ana María utilizó este evento para involucrar a las mujeres: «A mí me gustó mucho el encuentro Intergaláctico. Fue donde se

inicia la participación más fuerte de las mujeres de los parajes y las comunidades. Ya había mujeres integradas en el EZLN y en el CCRI, estaban Ramona y Susana que hacían mucho trabajo político en las comunidades, con su palabra, su modo de hacer, de dirigirse a la gente... Pero a partir del Intergaláctico pudimos reunirnos más, hicimos cosas más abiertas. Lo que después se llamó autonomía, lo estábamos practicando en aquel entonces. Formamos una cosa bonita, que a mí me gustó mucho, la cooperativa "Mujeres por la dignidad", donde se juntaron unas ochocientas mujeres artesanas de varios municipios: Bosque, San Andrés, Chenalhó y Chamula, después Tenejapa. La cooperativa era a donde llegaban las artesanas y entregaban sus artesanías para buscar un mercado. Yo sugerí que se hiciera y funcionó».

LAS HOSTILIDADES Y LOS ENFRENTAMIENTOS CON EL EJÉRCITO

Este libro qse escribió hace 30 años y sólo abarca lo que ocurrió en 1994, pero la hostilidad militar y paramilitar contra el EZLN aumentó los años siguientes, incluso hizo que se detuviera el proceso de negociación de San Andrés. Ana María tuvo que enfrentar como mando todas las dificultades en Los Altos. Tenía órdenes de replegarse en todo momento y de no chocar con las fuerzas armadas.

«Casi todos los días había hostigamiento y eso nos obligaba a replegarnos. Muchas veces los repliegues los hacíamos con las bases de apoyo y los milicianos, y no regresábamos, nos quedábamos allí en el monte... Los milicianos a veces se quedaban en su pueblo para cuidar la casa, los animales, pero los insurgentes teníamos que escondernos entre las pocas montañas sin comida ni agua. En ocasiones el Ejército Federal iba tras nosotros como a veinte metros de distancia. Era constante el sobrevuelo de helicópteros y de aviones, los convoyes del ejército pasaban día y noche... teníamos que estar

alerta a todas horas. Yo como mando me enfermé, me bajaron las defensas, en 1995, pasé dos meses sin dormir, había que estar alerta, pegada a la radio, controlando allí la comunicación, pendiente de que si se acercaba el enemigo había que salir, porque esa era la orden. La orden era no chocar, no chocar... Silencio total, en todo momento...

»Fueron tiempos muy difíciles, más todavía de este lado, porque estábamos en la boca del cañón... Es una zona con pocos espacios, no existe la montaña como en la selva, los pueblitos son parajes muy pegaditos los unos a los otros, además no están cohesionados, no hay control total por parte de nosotros, sino que estaban mezclados entre personas que participaban y otros que no, sobre todo del PRI y de otros partidos. Teníamos que utilizar estrategias políticas para estar a bien con esta otra parte del pueblo que no eran zapatistas... Estábamos en guerra y les tocaba a todos... El Ejército Federal, las guardias blancas y los paramilitares no sólo atacaban a las comunidades zapatistas, sino también a la sociedad civil, arrasaba con todo, ya vimos como la mayoría de las muertes en Ocosingo fueron de la sociedad civil, ahí en el mercado. Y con esa experiencia, había que proteger también a la sociedad civil».

Ana María explica que desarrolló diversas estrategias para estar a bien y contar con el apoyo de todas las comunidades:

«Como ya funcionaba la pequeña clínica que teníamos en Oventic, pues las medicinas que llegaban se daban también para los civiles y otras organizaciones, se compartía con ellos el apoyo que llegaba, no sólo para zapatistas, porque todos estábamos sufriendo la situación de guerra. Incluso si llegaba poco, se les daba a ellos, era parte de la estrategia política para poder mantenernos unidos y no permitir ese choque entre pueblos, porque eso es lo que busca el enemigo, romper esa unidad. Yo creo que lo que hay que hacer es fomentar más la unidad. ¿Cómo? Pues haciendo trabajos con ellos y, si necesitaban algo, pues allí estábamos. Funcionó bien eso porque en los repliegues que hacíamos nos replegábamos el pueblo entero, echábamos adelante a la comunidad y atrás íbamos

nosotros los insurgentes, protegiendo a todos, teníamos que llevarnos también a la gente que no eran zapatistas, ellos se unían. Así no nos delataban, sabían dónde estábamos, y de repente llegaban con sus redes de chayotes hervidos, elotes y cosas que cocinaban y así... Es muy bonito este apoyo que nos dieron, y por eso mismo en la zona de San Andrés no se desarrollaron mucho las guardias blancas y los paramilitares. Lo que pasó en Acteal es otra historia que hay que revisar...».

Le preguntamos a Ana María qué es lo más difícil que vivió en esos años de resistencia, si tiene algún recuerdo de algún momento.

«Sí, en el 95, tuve una crisis personal, empecé a tener el problema de la columna vertebral. Estábamos en un repliegue, llevábamos como a tres comunidades, Oventic, Ballalemhó y creo que Tivó. Yo iba con mi carga y todo, con los aditamentos militares, y llegó un momento en que empecé a sentir punzadas en la espalda y no podía dar un paso más. Les dije a los oficiales que se adelantaran con la gente, y yo lo que hice fue parapetarme detrás de un montículo de piedras. Llegó el Ejército como a 15 metros, creo que no me vieron y se retacharon. Yo les dije a mis compañeros "no puedo más", David se regresa y me dice "pues la llevamos" y yo le dije, "no, adelántense, la gente es más importante, yo me quedo". Yo estaba dispuesta salir a disparar... y la última bala era para mí.

»Otro fue el enfrentamiento en Chavajeval [10 de junio de 1998]. Porque a pesar de que como mandos teníamos la instrucción de evitar choques con el Ejército Federal, tuve que tomar la decisión de ordenar al oficial insurgente que estaba a cargo de esa región de responder al ataque de los soldados, pues no había más terreno para el repliegue, ya que Chevajeval está a la punta del cerro y del otro lado es un cañón accidentado y no hay vía por dónde huir. Esto me costó la acusación de insubordinación de parte mi mando».

LA PARTICIPACIÓN FEMENINA Y LA LEY REVOLUCIONARIA DE MUJERES

Le pedimos a Ana María un recuerdo bonito: «Creo que son varios; mi vida en la montaña con mis compañeros en los inicios del desarrollo del EZLN, cuando formamos la Asociacion de Jóvenes Rebeldes, cuando hacíamos concursos de cantos, poesías, dibujos que casi siempre yo sacaba el primer lugar y de premio me daban unos chocolates o una libreta. Otro recuerdo bonito fue el Primer Encuentro de Mujeres Zapatistas celebrado el 8 de marzo de 1986, cuando por primera vez asistieron grupos de compañeras bases a uno de los campamentos en la montaña, donde por primera vez las compañeras pudieron hablar de su condición de mujer. Yo insistí mucho en la participación e integración de las mujeres en la lucha, porque yo viví una situación similar a la de las compañeras de las comunidades, donde los hombres no le daban importancia en la participación de la mujer en la lucha, siempre ponían pretextos, decían que las mujeres no pueden porque son chismosas y que iban a delatar a la organización, o ponían de pretexto que las mujeres son muy penosas o que no van a entender la política o porque tienen hijos pequeños y no van a poder. Y el otro recuerdo bonito que siempre lo llevo también en mi corazón es mi boda en la montaña».

Sin Ana María, la historia del EZLN sería diferente. Ella no sólo participó y en la integración femenina en la lucha y en la estructura del EZLN, sino en la elaboración de la Ley Revolucionaria de Mujeres y años después en la reflexión sobre la misma:

«En 1997 organizamos también el primer encuentro de mujeres zapatistas de todas las zonas zapatistas, ese encuentro fue mi iniciativa. Propuse que nos reuniéramos insurgentes, milicianas, y que cada comunidad, cada pueblo y cada zona, enviara a sus delegadas a la reunión, porque estaba pendiente mejorar un poco la Ley Revolucionaria de Mujeres. Había puntos de la ley que no se estaban cumpliendo bien y había

que discutirlos, y lo discutimos, nos reunimos. Participaron como oyentes algunas que venían de la ciudad. Ese encuentro nos ayudó muchísimo porque allí hubo un desahogo, se habló de lo bueno que se había hecho y lo que estaba faltando.

»Como les decía en un principio, fueron muchos años de trabajo, y había que tener la capacidad para ver los problemas, las necesidades de todo lo que estaba faltando, había que ser capaz de hacer propuestas y no quedarse nada más en recibir órdenes; como decían algunos compañeros, recibir órdenes es fácil, pero darlas... es difícil».

LA RUPTURA Y LA MUERTE EN VIDA

La conciencia política y la formación militar de Ana María evidencian una entrega total a la lucha; la organización guerrillera era su vida entera, su compromiso, su causa, su origen, su infancia, su razón de existir y su futuro. Le preguntamos a Ana María cómo fue su salida del EZLN, después de esta experiencia revolucionaria tan intensa y fructífera, cómo le hizo para reinventarse.

«Oh, es la parte que no me gusta recordar.

»Después de todo lo vivido, yo entré en la organización desde muy jovencita, entonces se hizo parte de mi vida, la lucha era ya parte de mí. Y entonces cuando se presentan los problemas que llevaron a mi salida es como si me quitaran la vida misma.

»Yo formaba parte de muchas cosas, yo conocí mucho la organización. Puedes entrevistar a muchos otros, pero no compartirán la misma historia porque ya no les tocó vivir ese proceso, pero yo participé mucho, además fui miembro del buró político, conocí todo el trabajo político que se hacía, fui enlace entre la Comandancia General y la Dirección Nacional, participé también como comisaria política en la selva y en los Altos, también hice trabajo a nivel nacional allá en los estados del norte de México, en Torreón, Coahuila, Durango, Sonora...

Por allí teníamos grupos de compañeros y me mandaban con compañeros chiapanecos, hacíamos intercambio para fomentar la unidad. Y después venían los norteños aquí a Chiapas, a cortar café y a comer el fríjol negro, que no les gustaba, sólo les gustaba comer frijol bayo.

»Pero además estaba mi cercanía con la Dirección Nacional, con la Comandancia, con los propios comandantes que ya estaban en la ciudad, pero que en un principio se quedaban meses en la montaña, aunque ya después se bajaron a la ciudad. Ahí se queda a cargo Marcos. También viajé mucho, conocí Estados Unidos, conocí a fondo el trabajo clandestino.

»Desde el 86 hasta el 93 me tocó hacer trabajo de logística para el EZ. Primero pasé dos años bien en la montaña y luego empecé a bajar a la ciudad y a conseguir lo que se necesitaba, que si una televisión, que si un mimeógrafo, que si una máquina picadora, que si los generadores de electricidad... Y el traslado de las armas y balas que venían de la ciudad hacia la selva... Todo lo que se iba necesitando conforme iba desarrollándose la organización, porque ya después hasta cine poníamos en las comunidades, se veían documentales de la guerra de Vietnam, de la URSS, documentales de luchas obreras, películas de la Segunda Guerra Mundial... como parte de la preparación política de los pueblos. Me tocó todo esto, a veces llevaba las cosas en avioneta de Ocosingo a la selva. Me tocó conocer el mercado negro en Estados Unidos...».

Ana María narra que después del levantamiento todo cambió: «Empecé a notar que había fallas, tanto del EZLN como de las FLN. Además de ser acusada de insubordinación por lo de Chavajeval, fui castigada por un anuncio que salió en el periódico *La Jornada* en donde se convocaba a la sociedad civil a un cinturón de seguridad para hacer un congreso supuestamente para resolver los problemas surgidos en el 95, cuando la organización sufrió la traición de Zedillo. Lo digo claro: Yo nunca hice dicha convocatoria.

»Entonces el subcomandante me quita la responsabilidad de enlace con la sociedad civil y las organizaciones. Yo hasta

entonces era la responsable de recibir toda la correspondencia y de enviarla a la comandancia. Pusieron a otro compañero. Empecé a notar que algo estaba pasando, sentía que se desconfiaba de mí. Y ya luego se presentaron otros problemas, por ejemplo, con la masacre de Acteal [el 22 de diciembre de 1997]. Antes de esto, yo, como mando, informaba de todo, de cómo se venían desarrollando los problemas, los ataques, las amenazas. Incluso antes del ataque de Acteal, yo ordené al mando que estaba por ese lado, a mi subordinado, al oficial que estaba controlando esa región de Chenalhó, que protegiera a las bases y se refugiara a todos en un lugar seguro, las mujeres, los niños y ancianos ancianas, y que se quedaran solo los milicianos en las comunidades para resguardarlas. Y así se hizo, y entonces abrimos un terreno bastante grande, entre los cafetales y se llenó de refugiados de muchas comunidades, más no pudimos hacer nada con las Abejas [de Acteal], porque era una organización aparte, no eran zapatistas, pero yo informaba de todo lo que estaba pasando. Y nunca hubo una respuesta de qué hacer, cómo contrarrestar las acciones de los paramilitares. Pues ahí fue donde, creo yo, fui hasta el límite de la paciencia ¡sí!

»Y hubo otros problemas, se estaban formando otros grupitos de paramilitares ya en la colindancia entre Chenalhó y San Andrés. Nosotros con el CCRI hicimos propuestas de hacer ciertas acciones políticas para contrarrestar eso, pero no obtuvimos respuesta, nunca hubo respuesta. Y llegó un momento en que yo dije, como mando no puedo hacer nada, el CCRI tampoco, entonces ¿de qué papel estamos hablando? Y escribí mi renuncia como mando, no como insurgente: "Renuncio como mando por esto, esto y esto, no puedo seguir mandando". Podían pasar otras situaciones como Acteal, y a mí la mera verdad me afectó muchísimo Acteal.

»No hubo respuesta a mi carta, ni a mi renuncia ni nada. Hasta un año después, a finales del 98. Yo me mantuve como mando hasta que no recibiera una respuesta. Yo continué con mi trabajo político-militar, con la gente, como si no pasara

nada. Y entonces un año después, de repente, me mandaron un aviso de que llega un mando, un compañero que tenía el mismo grado que yo, a prácticamente desmantelar todo. Y ya qué hacer. Yo continúo allí, mas no como mando, y me dice que no, que tengo que entregar todo. Todos los años de trabajo se acabaron de la noche a la mañana.

»Esta parte no sé si la quieras poner, pero es algo de preocupación, si lo van a poner en el libro».

Le decimos a Ana María que al menos para nosotras es muy importante lo que nos está revelando, que el hecho de que pueda contarlo es ya una forma de sanar. Es muy valiente poder romper el silencio, porque ha estado décadas en un mutismo total.

Y prosigue: «Yo, bueno, hasta la fecha no logré entender ¿por qué?».

Con nuestra escucha atenta la abrazamos. Entendemos lo difícil que debe haber sido para Ana María verse fuera de todo lo que había sido su vida. Le preguntamos si le costó mucho recomponerse, reinventarse.

Contesta: «Años, años, pues fíjate que hay una parte que no, no puedo, me vienen como sentimientos muy fuertes».

EL ADIÓS A LAS ARMAS

«Cuando llega ese mando, ya no permitió que yo viera a los compañeros, me saca del cuartel y me manda encerrarme en un cuarto de la clínica de Oventic. Yo por entonces estaba elaborando unos folletos, unos escritos, y para hacerlos había ganado un cuartito de la clínica para proteger la computadora de la neblina, y estaba yo ahí trabajando cuando él llega y me quita todo, me quita la computadora. Y luego, abajo, había dejado el arma, y también me la quita: "esto ya no te va a servir más". Yo dije: "pero yo renuncié como mando, no como insurgente". Me responde: "Son órdenes, y te esperas allá, allí donde estabas te esperas". Y allí me dejó una semana, dos semanas, aguanté dos semanas.

»Reconstruirse después de toda esta historia y esta expulsión poco digna e injusta, creo que muy pocos tienen idea de lo difícil que es. Es como estar muerto en vida. Y reconstruir una vida después de todo esto requiere mucha fuerza. Hoy sigo reflexionando en cuáles fueron nuestras fallas como organización que permitieron bajas como la mía y de otras compañeras y compañeros valiosos. Y sigo pensando en qué lecciones podemos tomar en cuenta para cambiar el mundo por un mundo mejor donde quepamos realmente todos y todas».

Ana María ya no tiene ningún tipo de relación con ninguna de las dos organizaciones, ni con el PFLN ni con el EZLN: «Fui excluida desde finales del año 1998. Me enfermé, fui a curarme y ya no pude regresar, ya no me aceptaron, me cerraron las puertas».

La mayor Ana María no se arrepiente de nada: «Me siento con la conciencia tranquila, porque creo que hice lo que pude, llegué hasta donde tenía que llegar, a la guerra, a los combates, realmente yo creía en esta organización, creí en esta vía de lucha que podía cambiar la situación de injusticias en el país y me entregué en cuerpo y alma. Di lo que pude.

»Yo siempre he dicho que una organización la forman los pueblos y en este caso el EZLN no es una persona, no son solo los líderes, está formado por los pueblos. Estos pueblos y comunidades, con sus aciertos y errores, están ahí, siguen luchando de alguna forma, y siguen siendo una esperanza, un referente. Así como dijo Lucio Cabañas, "ser pueblo, hacer pueblo y estar con el pueblo"».

Cerramos esta conversación con un abrazo que pone en el centro a esta mujer. Su capacidad y su entrega hicieron posible que la rebelión zapatista conmoviera al planeta entero y nos enlazara definitivamente. El sacrificio y entrega de la mayor Ana María merecen un lugar en la historia de México. Le queremos dar el espacio que le corresponde en la inconmensurable hazaña de los pueblos indígenas rebeldes de Chiapas que se levantaron en armas en 1994, una historia de muchas voces que este libro intenta recoger.